

Con motivo del 220 aniversario del natalicio de José de la Luz y Caballero.

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO. EDUCACIÓN Y POLÍTICA.

VALORACIONES MARTIANAS

Ibrahim Hidalgo Paz

José de la Luz y Caballero es reconocido como el más alto ejemplo de educador del siglo XIX en Cuba, y se encuentra entre los pedagogos más destacados de nuestro continente en su época. Es comprensible, por tanto, el énfasis conferido a este aspecto del pensamiento del insigne patricio, a quien se considera, en sentido general, como un hombre apartado del fragor de la política. A esta valoración contribuyen su dedicación y actitudes durante los primeros lustros de su vida, iniciada en La Habana el 11 de julio de 1800, pues a los doce años ingresó en el Convento de San Francisco, donde su tío, el presbítero José Agustín Caballero, dirigió los pasos de su educación, instándolo al estudio profundo y continuo de todos los saberes de su época, modo adecuado, a su entender, de generar y desarrollar el pensamiento y la actitud ética. En 1817 recibió el grado de Bachiller en Filosofía, y tres años después obtuvo el de Bachiller en Leyes. Paralelamente había solicitado el ingreso a la carrera sacerdotal en el Seminario San Carlos, y en 1819 fue admitido a las órdenes menores de esta.¹

A los estudios de Derecho, filosóficos y teológicos se unieron los de las ciencias naturales y de literatura española y universal, lo que contribuyó a

¹ Ver Salvador Bueno: "José de la Luz y Caballero, maestro y pensador", en *Figuras cubanas del siglo XIX*, Cuadernos de la Revista Unión, Ediciones Unión, La Habana, 1980, p. 29-30.

conformar su universo espiritual. Aunque llegó a tomar los hábitos clericales, renunció a esta opción y dedicó su vida al magisterio. Sin hacer dejación de sus principios cristianos, fue aislándose de los dogmas y la práctica social de la Iglesia Católica, definida en su función defensora del colonialismo y la esclavitud por un clero eminentemente peninsular, que marginaba al criollo. Todo induce a concluir que el rigor ético y científico de su modo de concebir la realidad, sin negar su religiosidad personal, lo inclinó hacia el rechazo a las trabas impuestas a la renovación concebida por la racionalidad moderna, que “se abría paso y, con ella, el nacimiento de un pensamiento cuyo signo constituía el conocimiento y la búsqueda de una verdad que no era sólo de fe.”²

A estas características han prestado atención pocos estudiosos de su obra, quienes han puesto de relieve la activa participación del director de *El Salvador* en las discusiones en torno a la conducción de los asuntos públicos, en las que estuvo inmerso la mayor parte de su vida, y analizan el carácter político trascendental y profundo de sus propuestas sobre la transformación de la educación en su época. Manuel Sanguily fue el primero en advertir el error de considerar la trayectoria de Luz como una línea continua, y valoró diferentes etapas en su desarrollo, que explican los cambios sufridos por aquel ser humano sensible y de precaria salud. La polémica del veterano mambí con José Ignacio Rodríguez puso de relieve cuánto había influido en determinados sectores la visión tendenciosa de este en la conformación de una imagen distorsionada del maestro ejemplar; y, a la vez, en sentido opuesto, evidenció

² Alicia Conde Rodríguez: “José de la Luz y Caballero. Las raíces de una cubanidad pensada”, en Luz y Caballero, José de la: *Obras. Aforismos* (Volumen I), Ensayo introductorio, compilación y notas, Alicia Conde Rodríguez, Biblioteca de Clásicos Cubanos, La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2001, publicado en *Biblioteca Digital de Clásicos Cubanos. Orígenes del Pensamiento Cubano. I (hasta 1868)*, Fundación Mapere Tavera y Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, Universidad de La Habana, 2001, p. 18-19.

cómo prevalecía en las amplias masas del país y de las emigraciones el reconocimiento y la veneración mayoritarios a su persona, el respeto hasta entre sus opositores —comprometidos a rendirle homenaje oficial—, así como la participación masiva, multitudinaria en el entierro, el 23 de junio de 1862, de quien en vida era, y continuó siendo, un símbolo de entereza moral, de honestidad cristiana, de modesta sabiduría y, por sobre todo, del más puro patriotismo.

La intuición de los defensores del colonialismo —no el conocimiento de su obra— desató las expresiones de odio irracional contra aquel maestro débil y enfermo que, aun desde el humilde lecho donde murió, libró su última protesta en actos contra el régimen arbitrario que asfixiaba a su patria, al rechazar los servicios de los representantes de la iglesia servidora del opresor, y entregó su alma al dios en que creía sin apelar a intermediarios moralmente degradados.

La valentía política, de raigambre ética, sólo puede ser menospreciada por los viles. Las biografías de Rodríguez y Sanguily³ muestran, desde posiciones contrapuestas, al hombre en toda su entereza, y las actitudes de Luz y Caballero en momentos decisivos de su vida. Es imposible dejar de sentir admiración hacia aquel profesor que con sólo veinticuatro años, en la inauguración del curso de Filosofía en el Seminario de San Carlos, proclamó a

³ Me refiero a las obras de José Ignacio Rodríguez: *Vida de Don José de la Luz y Caballero*, segunda edición, corregida y aumentada, Nueva York, Imprenta y librería de N. Ponce de León, 1879. (La primera edición es de la Imprenta “El Mundo Nuevo-La América Ilustrada”, Nueva York, 1874.); y de Manuel Sanguily: *José de la Luz y Caballero (Estudio Crítico)*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, tercera impresión, 1962. (La primera edición, de 1890, apareció con el título *José de la Luz y Caballero. Estudio Crítico*, impresa en el Establecimiento Tipográfico, y se corresponde con el texto de la *Revista Cubana* del 30 de junio de 1885. La segunda impresión es de 1926.)

Félix Varela como su “ilustre y siempre apreciable maestro y predecesor”, se comprometió a hacer cuanto estuviera de su parte “para mostrarme tu digno discípulo”, y afirmó: “seguiré el camino que me has trazado”.⁴ No sólo se requería honestidad intelectual para hacer una declaración pública de tal magnitud, sino poseer una valentía personal que lindaba con la osadía, pues el Padre Fundador había sido condenado a muerte por el rey, y continuaba su labor independentista en los Estados Unidos con la publicación de *El Habanero*, sin hacer concesión alguna al régimen tiránico.

Conocida era, igualmente, la defensa asumida por Luz de su amigo José Antonio Saco con motivo del decreto de destierro dispuesto por el capitán general Miguel Tacón, harto conocido por su odio hacia los criollos. Era previsible que este llegara a saber, en algún momento, que la *Representación* —firmada por Saco— que le entregara el maestro habanero se debía a su autoría, lo que no arredró al honesto defensor ante posibles represalias.⁵

Debió trascender, asimismo, como la más alta expresión de valentía política, su retorno desde Francia, en medio del sanguinario proceso represivo conocido como “Conspiración de la escalera”, dirigido no sólo al aplastamiento de las rebeliones de esclavos, sino al enriquecimiento de funcionarios civiles y militares mediante la expropiación de los pequeños burgueses negros y mulatos, a quienes se deseaba eliminar como estrato social. Luz y Caballero

⁴ José de la Luz y Caballero: “Discurso pronunciado en el Seminario de San Carlos en la apertura del curso de Filosofía el 14 de septiembre de 1824”, en *Obras*, vol. III, p. 1-2. Ver A. Conde R.: “J. de la Luz. Raíces...”, *Obras*, vol. I, ob. cit., p. 21-22.

⁵ Ver A. Conde: “J. de la Luz y Caballero. Raíces...”, en J. de la Luz y Caballero: *Obras*, ob. cit., vol. I, p. 21-22. Y Ramiro Guerra Sánchez: *José de la Luz y Caballero Como Político*, Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, 1957, p. 30-35.

fue acusado de abolicionista y de mantener vínculos con el ex-cónsul inglés David Turnbull para provocar la sublevación de dotaciones, por lo que se decretó su detención. A pesar del peligro de encarcelamiento y torturas decidió enfrentar a las autoridades coloniales, como ejemplo de dignidad frente a aquella nueva manifestación arbitraria e inescrupulosa de un poder totalitario y opresor.⁶

Estos hechos demuestran la entereza moral de un hombre consecuente con sus principios, dispuesto a mantenerlos y defenderlos aun en las condiciones más desfavorables, y de asumir las consecuencias de sus actos. Tales características se unían a las ya mencionadas para revelar a un ser humano que, a pesar de los múltiples matices contradictorios que pudieran hallarse en las motivaciones políticas de sus actos y sus ideas, se convirtió para la mayoría de los patriotas cubanos en paradigma de ética patriótica.

En su época, y aun en la actualidad, quien fuera un agudo polemista generó opiniones diversas y encontradas. En dos tendencias extremas pudieran resumirse las argumentaciones principales en cuanto a su pensamiento y su actuación políticas. Expresado de modo esquemático, de una parte se hallan quienes lo han considerado antiseparatista, defensor de los intereses de la oligarquía esclavista, educador al servicio exclusivo de estos y católico ultramontano, entregado devotamente a la Iglesia. A esta visión se contraponen las de un Luz y Caballero propagandista del separatismo, activista de la

⁶ Ver M. Sanguily: *José de la Luz...*, ob. cit., p. 160-166 y 193-202; A. Conde Rodríguez: "J. de la Luz y Caballero. Raíces...", en J. de la Luz y Caballero, *Obras*, ob. cit., vol. I, p. 56-57.

abolición de la esclavitud, que hizo del aula tribuna de difusión política; y, por último, materialista y ateo.⁷

Estas polarizaciones carecen de fundamento documental, y se alejan de una valoración histórica acertada. No obstante, hasta las desmesuras sirven para encontrar las vías hacia la verdad. Sería erróneo, por tanto, obviar las opiniones acerca del peligro que para los colonialistas significaba la influencia del noble patriota sobre su pueblo. Las intenciones malsanas contribuyeron a que ganara solidez y se justificara “la creencia popular y patriótica”⁸ en la proyección revolucionaria de las palabras y los hechos de Luz y Caballero, como explicara Sanguily, pues desde los años '60 del siglo XIX no era concebible para la mayoría que el patriotismo estuviera separado de la concepción de Cuba independiente y de la acción para alcanzar este ideal, por lo que, inclusive, algunos lo presentaron como precursor de la guerra iniciada en 1868, lo cual no se atiene estrictamente a la verdad.

Sin mencionar a un autor u otro, José Martí participó en la polémica en torno al pensamiento y al quehacer político-social de Luz, al ofrecer su valoración de la figura histórica. Para él fue, ante todo, “el *silencioso* fundador”, e insistió en la idea de la discreción autoimpuesta: “prefirió ponerse *calladamente*, sin que le

⁷ Todo el libro de J. I. Rodríguez pretende los primeros objetivos, como señalara en su momento M. Sanguily, quien ofrece una valoración acertada de la obra de Luz. Sobre el tema, ver Carlos Rafael Rodríguez: “José de la Luz y Caballero”, en su *Letra con filo*, La Habana, Ediciones UNIÓN, 1987, t. 3, p. 96 y 105-108.

⁸ La cita es de M. Sanguily: *José de la Luz y Caballero...*, ob. cit., p. 253; ver p. 251 y 252. Este autor explica el fenómeno y argumenta con justeza la falta de base de tal creencia. Ver: A. Conde R.: “J. de la Luz. Raíces...”, en J. de la Luz y Caballero: *Obras*, ob. cit., vol. I, p. 2-4.

sospecharan el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria”.⁹ ¿Por qué esta voluntad de ocultamiento? Quizás el Apóstol valorara que las dolorosas experiencias sufridas por Luz le indicaran que, como diría el discípulo de Mendive con respecto a su propio modo de actuar, “hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.”¹⁰ El digno educador encontró formas de continuar su obra *calladamente*, para lo cual fundó el colegio *El Salvador*, el 27 de marzo de 1848.

Martí afirmó que Luz “fue maestro y convirtió en una sola generación un pueblo educado para la esclavitud en un pueblo de héroes, trabajadores y hombres libres.” Por la vastedad conferida a su obra concientizadora, debe entenderse la alusión no sólo a las clases impartidas a quienes asistían a sus aulas, sino abarcaba su influencia sobre el amplio círculo que recibía sus enseñanzas y admiraba su ejemplo de patriótica dedicación. Esta visión es ratificada en la valoración martiana de 1894: “él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad”,¹¹ observación que, en aquellos momentos situaba a Luz entre los pensadores cuyas ideas, transmitidas de una generación a otra, fueron depuradas de las limitaciones que en su tiempo las lastraban, y cuyo núcleo puro trascendió, con la vigencia de las verdades

⁹ J. Martí: “José de la Luz”, *Patria*, 17 de noviembre de 1893, en *Obras Completas*, La Habana, 1963-1973, t. 5, p. 271. (Destacues de IH.) En lo adelante esta edición será citada por las siglas OC.

¹⁰ J. Martí: Carta a Manuel Mercado, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, en *Textos Martianos*, edición crítica, La Habana, Editora Política, 1995, p. 44.

¹¹ Estas palabras corresponden a J. Martí: “José de la Luz”, ob. cit., en OC, t. 5, p. 271; las anteriores, en este párrafo, son de “Cartas inéditas de José de la Luz”, ob. cit., en igual tomo, p. 249.

esenciales. Advirtamos que alude a “la salud de su caridad”, de quien fuera ejemplo de devoción cristiana, sin contraponerla al “fuego de su rebeldía”, pues en ningún pecho noble religión y revolución son elementos contradictorios, como pretendió José I. Rodríguez en varios momentos de su libro.¹²

Si tuviéramos en cuenta sólo a quienes asistían a las aulas donde impartió docencia, podría aceptarse —en cierto modo— la afirmación de que “fue el educador de los privilegiados, el maestro de la burguesía”, pero, como analiza Carlos Rafael Rodríguez, no fue “el educador del privilegio”, pues nunca defendió al colonialismo ni a la esclavitud, sino se opuso a estos, al inculcar normas éticas que formarían en los jóvenes el rechazo a la posesión de seres humanos reducidos a la condición animal, así como promovió la aplicación de los adelantos científicos y técnicos para el desarrollo del país, lo que, en el ideal lucista, llevaría a cabo una burguesía instruida, capaz de generar el progreso basado en el desarrollo industrial.¹³ Como era previsible, no pudo realizar sus proyectos más avanzados, cuestionados por la élite dominante, opuesta a un proceso educativo que podría desarrollar la capacidad crítica, situado, por tanto, en el polo contrario a los objetivos metropolitanos, dirigidos a reprimir toda forma de pensamiento creativo.¹⁴

El Delegado del Partido Revolucionario Cubano, en medio de los preparativos finales para el inicio de una nueva guerra anticolonial, expresó su identificación

¹² Ver J. I. Rodríguez: *Vida de Don José de la Luz...*, ob. cit., *passim*, y particularmente en la p. 192.

¹³ C. R. Rodríguez: “José de la Luz y Caballero”, *Letra con filo*, ob. cit., t. 3, p. 96-97.

¹⁴ Ver. A. Conde: “J. de la Luz y Caballero. Raíces...”, en J. de la Luz y Caballero: *Obras*, ob. cit., vol. I, p. 41-43; Perla Cartaya Cotta: “La época, la sociedad y el filósofo-educador (1800-1861)”, en *José de la Luz y Caballero y la pedagogía de su época*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989, p. 41-54.

con lo esencial del ideario de Luz, en artículo publicado en *Patria*, donde amplía la frase “Sembró hombres”,¹⁵ con que culminó el párrafo inicial del texto de 1888. Pudo regar la simiente en las conciencias, pero intuía que era imposible obtener la cosecha en aquella sociedad que lo rodeaba: “se sofocó el corazón con mano heroica, para *dar tiempo* a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos.”¹⁶

Era el *tiempo* necesario para que las condiciones históricas posibilitaran que las ideas hallaran el cauce adecuado como guías de la acción transformadora. El sabio educador había meditado sobre la pertinencia de la actuación en el momento adecuado: “No anticipemos la obra del tiempo. Ella es más lenta, a la verdad, pero en recompensa más segura que la del deseo.” Este ha de atemperarse a la situación en que se vive, que muestra los límites a que debemos ajustarnos: “El estado de las respectivas sociedades, no menos que los recursos con que se cuenta, son las señales ciertas que nos han de indicar hasta qué grado puede hacerse la aplicación sin detrimento de la idea maestra o principal.”¹⁷ El *tiempo* marcaba la diferencia entre la realidad histórica, que intentaba transformar, y el futuro incierto, que se labraba desde el presente: “Todo es en mi *fue*, y en mi patria *será*.” Distinguía la patria a la que dedicaba sus mejores anhelos de forjador de conciencias, del deber ser de la patria soñada: “Que si el *fue* tornare a *es*, no: que el *será* se vuelva *es*, sí.”¹⁸

¹⁵ J. Martí: “Cartas inéditas de José de la Luz”, ob. cit., en OC, t. 5, p. 249.

¹⁶ J. Martí: “José de la Luz”, ob. cit., en OC, t. 5, p. 271. (Destaque de I.H.)

¹⁷ Los dos fragmentos citados son de J. de la Luz y Caballero: Aforismo 524, en *Obras*, vol. I, p. 246.

¹⁸ J. de la Luz y Caballero: Aforismo 4, la primera oración citada, y del 5 la segunda, en *Obras*, vol. I, p. 69. Ver: Eduardo Torres-Cuevas: “José de la Luz y Caballero: ‘El

Su idea fue profética, dice el Apóstol, quien con justicia valoró que en su momento histórico Luz hizo por la patria cuanto le era dable hacer, aunque la posteridad le deparara la incomprensión de algunos que pretendieron exigirle actitudes combativas e ideas radicales a aquel hombre que padecía “dolores profundos del alma y el cuerpo”,¹⁹ limitado por los temores propios de su clase social a una revolución cuya violencia consideraba devastadora. Martí advirtió que “él, el padre,—es desconocido sin razón por *los que no tienen ojos con que verlo*, y negado a veces por sus propios hijos”.²⁰ Pero la mayoría de los cubanos fue capaz de apreciar su obra en la dimensión justa: “[Los pueblos] leen lo que no se escribe, y oyen lo que no se habla”, por lo que “así ama, con apego de hijo, la patria cubana a José de la Luz.”²¹

Este dio pruebas sobradas del inmenso amor que sentía por Cuba. Discípulo de Varela, contribuyó a la argumentación del ideal patriótico y, como el Padre Fundador, dedicó sus esfuerzos al mejoramiento del país, de sus habitantes, sin que lo motivaran intereses personales, como expresara en una de sus polémicas: “yo no tengo protestas que hacer, ni tengo ingenios ni cafetales, ni más nada en el orbe que un amor profundo por la verdad y la fuerza necesaria para decirla.”²²

silencioso fundador de la idea cubana”, en su *Historia del pensamiento cubano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, volumen I, tomo 2, p. 101.

¹⁹ J. Martí: “Cartas inéditas de José de la Luz”, ob. cit., en OC, t. 5, p. 249.

²⁰ J. Martí: “José de la Luz”, ob. cit., en OC, t. 5, p. 272. (Destaque de I.H.)

²¹ *Ibidem*, p. 272 y 273.

²² J. de la Luz y Caballero: “Camino de hierro”, en *Escritos sociales y científicos*, Biblioteca de Autores Cubanos, 20, Obras de José de la Luz y Caballero, vol. V, La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1955, p. 62.

Sólo le guiaba el anhelo de trabajar por el adelanto de su país, por lo que fuera más beneficioso, con el sacrificio continuo que exigía su defensa, guiado en todo momento por “la inflexible *ley del deber*”,²³ que lo alentó en todo momento y puso en tensión sus fuerzas espirituales, sustento de su sacrificio, sin individualismo alguno, inspirado en una moral intachable, “haciendo el sacrificio del amor propio en las aras del amor patrio, única deidad a que he jurado consagrarme”.²⁴

²³ J. de la Luz y Caballero: “Camino de hierro”, ob. cit., p. 73. (Destaque de IH.)

²⁴ J. de la Luz y Caballero: “Voto particular sobre pesetas sevillanas”, en *Obras*, ob. cit., vol. IV, p. 87.